MITOS Y LEYENDAS DE LA AMAZONÍA

ETSA (LEYENDA SHUAR)

Etsa, en el idioma de los shuar, quería decir Sol, el valiente Sol, el generoso Sol de sus antepasados. El abuelo Arútam, que en shuar quiere decir: poderoso espíritu tigre de la mañana, mientras caminaba por la selva, entre gigantescos matapalos y frondosos copales, chambiras y pitahayas, relataban a los niños de qué manera el luminoso Etsa le devolvió la vida a los pájaros.

Iwia es un demonio terrible, les explicó Arútam. Desde siempre ha tenido la costumbre de atrapar a los shuar y metérselos en su enorme shigra para después comérselos. Fue así como, en cierta ocasión, el cruel Iwia atrapó y luego se comió a los padres de Etsa. Entonces raptó al poderoso niño para tenerlo a su lado y, durante mucho tiempo, le hizo creer que su padre era él.

Cuando Etsa creció, todos los días, al amanecer, salía a cazar para el insaciable Iwia que siempre pedía pájaros a manera de postre. El muchacho regresaba con la gigantesca shigra llena de aves de todas las especies, pero una mañana, cuando apenas empezaba su cacería, descubrió con asombro que la selva estaba en silencio.

Ya no había pájaros coloridos por ninguna parte. Solo quedaba la paloma Yapankam, posada sobre las ramas de una Malitagua. Cuando Etsa y la paloma se encontraron en medio de la soledad, se miraron largamente.

--- ¿Me vas a matar a mí también? ---preguntó la paloma Yápankam.

--- No ---dijo Etsa---, ¿de qué serviría? Parece que he dejado toda la selva sin pájaros, este silencio es terrible.

Etsa sintió que se le iban las fuerzas y se dejó caer sobre el colchón de hojas del piso. Entonces Yápankam voló hasta donde estaba Etsa y, al poco rato, a fuerza de estar juntos en medio de ese bullicioso silencio, en el que aún flotaban los gritos de los monos y las pisadas de las hormigas, se convirtieron en amigos.

La paloma Yápankam aprovechó para contarle al muchacho la manera en que Iwia había matado a sus verdaderos padres. Al principio, Etsa se negó a creer lo que le decía, pero a medida que escuchaba las aleteantes palabras de Yápankam, empezó a despertar del engaño que había tejido el insaciable Iwia y, entonces, como si lo hubiera astillado un súbito rayo, se deshizo en un largo lamento.

Nada ni nadie podía consolarlo. Lloraba con una mezcla de rabia y tristeza, golpeando con sus puños el tronco espinoso de la enorme malitagua. Cuando Yápankam se dio cuenta de que Etsa empezaba a calmarse, le dijo:

--- Etsa, muchacho, no puedes hacer nada para devolverle la vida a tus padres, pero aún puedes devolvérsela a los pájaros.

--- ¿Cómo? ---quiso saber Etsa.

La paloma explicó:

--- Introduce en la cerbatana las plumas de los pájaros que has matado, y sopla.

El muchacho lo hizo de inmediato: desde su larga cerbatana empezaron a salir miles, millones de pájaros de todos los colores que levantaron el vuelo y con su alegría poblaron nuevamente la selva. Desde entonces, les aseguró su abuelo Arútam, Etsa, nuestro amado Sol y el demonio Iwia son enemigos mortales.

PUNGARA URCO (CASA DEL DIABLO)

Mucho antes de que los jesuitas llegaron a Loreto y Archidona, un puñado de indígenas quichuas vivían ya en las faldas del cerro Pungara Urco, hoy comunidad de San Pedro al Oriente del actual centro poblado de Muyuna.

En esos días cuatro niños desaparecieron en el río, por más que los buscaron no encontraron ninguna huella, así pasaron varios meses, hasta que dos mujeres que salieron en busca de agua no retornaron jamás.

Muy preocupados por esas desapariciones, se reunieron los moradores del lugar para consultar a sus guías espirituales, los brujos. El más anciano, pero también el más famoso de ellos, vivía en las faldas del chiuta.

Junto con él hicieron los ayunos rituales tres brujos más, durante cuatro días bebiendo esencia de ayahuasca y al final estuvieron de acuerdo en afirmar que aquel peligroso lugar donde ocurrieron las desapariciones, estaba asentado sobre un antiguo cementerio y que los supais eran dueños de ese territorio porque algunas almas les pertenecían.

Los bancos dijeron que para alejar a los espíritus era necesario emplear algunas hierbas ceremoniales y mucho ayuno, pero que además tenían que cancelar el precio estipulado y este consistía en cuatro guanganas y cuatro canoas llenas de pescado ahumado.

Efectuado el pago los brujos se dedicaron a la tarea de exorcizar aquel siniestro lugar; por las tardes, uno de ellos, el que estaba de turno, acompañaba a las mujeres y a los niños hasta el río y les mostraba las piedras negras, donde vivían los diablos.

Una noche especialmente oscura y lluviosa, los cuatro brujos se dirigieron al playón del río; llevaban consigo ollas, hierbas y algunos maitos, de los que ellos nunca dejaron ver su contenido. Nadie pudo asistir a la ceremonia de exorcismo, pero se escucharon con toda claridad insultos, gritos, maldiciones y silbidos. Luego vino la lluvia fuerte, copiosa y persistente. Se incrementó el caudal de las aguas del río y los animales que viven en sus riveras enmudecieron.

Al día siguiente los brujos agotados pero satisfechos, informaron que habían expulsado a los diablos y que estos se habían refugiado en el cerro de Pungara Urco; recomendaron no

bañarse en el río cuando sus aguas crecieran, no lavar la ropa en el río pasadas las 6 de la tarde y no pescar carachamas durante la noche. Después de haber dicho esto, les brindaron chicha de chonta y pescado ahumado y cada quién se fue para su comunidad.

Pasó el tiempo y cuando la normalidad parecía haber sentado sus reales en la comuna, una hermosa tarde de sol y bulliciosos pericos, una hermosa y lustrosa guatusa llegó a una chacra, el dueño de la misma, un joven cazador, las siguió sigilosamente hasta el cerro del Pungara Urco y no volvió más.

Sus amigos y familiares angustiados lo fueron a buscar, encontraron varios senderos misteriosos y escucharon silbidos escalofriantes, que los invitaban a perderse en la selva; la gente temerosa tuvo que regresar y del cazador no se supo nada más.

En las noches de luna llena, casi al filo de la medianoche, quienes por desgracia se aventuraron a pasar cerca del cerro de Pungara Urco, o se atreven caminar a través de él, escuchaban espantados gritos desgarradores, seguidos de una risa diabólica, que se alarga insistentemente como un eco. Y son pocos los que han podido escapar a este reclamo.

A veces por los potreros o chacras de la comunidad de San Pedro, asoman venados, guatusas, sajinos y pavas del monte. Ya nadie los persigue, ni se dejan engañar. Estos animales son los diablos, que buscan tentar a los hombres para atraerlos al centro del Pungara Urco y no dejarlos regresar jamás.

LA BOA Y EL TIGRE

Por el camino que lleva a Misahuallí, a 6 kilómetros de Puerto Napo, en la comunidad de Latas vivía una familia indígena dedicada a lavar oro en las orillas del río Napo.

Un día la madre lavaba ropa de la familia, mientras la hija más pequeña jugaba tranquilamente en la playa. Tan concentrada estaba la señora en su duro trabajo, que no se percató que la niña se acercaba peligrosamente al agua, justo en el lugar donde el río era más profundo.

Una súbita corazonada la obligó a levantar su cabeza, pero ya era demasiado tarde; la niña era arrastrada por la fuerte correntada y solo su cabecita aparecía por momentos en las crestas de las agitadas aguas.

La mujer transita de dolor y desesperación, hincando sus rodillas en la arena implora a gritos: “¡Yaya Dios” ¡Yaya Dios! ¡Te lo suplico, salva a mi guagua” y ¡oh, sorpresa!, la tierna niña retorna en la boca de una inmensa boa de casi 14 metros de largo, que la deposita sana y salva en la mismísima playa; la mujer abrazando a la niña, llora y sonríe agradecida.

Desde aquel día la enorme boa se convirtió en un miembro más de la familia, a tal punto que cuando el matrimonio salía al trabajo cotidiano, el gigantesco reptil se encargaba del cuidado de los niños.

Pero un tormentoso día, cuando los padres fueron a la selva en busca de guatusas para la cena, la boa no llegó a vigilar a los niños como solía hacerlo todos los días. Este descuido fue aprovechado por un inmenso y hambriento tigre, que se hizo presente con intenciones malignas.

Los muchachos desesperados gritaron a todo pulmón “¡yacuman amarul”, el gigantesco reptil al oír las voces de los niños, salío del río y deslizándose velozmente entró a la casa; se colocó junto a la puerta, para recibir al tigre que trataba de entrar sigilosamente en el hogar de sus amigos; la ducha que se desató fue a muerte; la boa se enroscó en el cuerpo del felino, pese a las dentelladas del sanguinario animal; los anillos constrictores del reptil se cerraron con fuerza, mientras el tigre la mordía justo en la parte de la cabeza, al final se escuchó un crujido de huesos rotos y ambos animales quedaron muertos en la entrada de la casa.

Cuando regresaron los padres de los chicos, recogieron con dolor los restos de su boa amiga y ceremoniosamente la velaron durante dos días, para luego enterrarla con todos los honores y ritos que se acostumbraban utilizar con los seres queridos.

EL OSO DE LA PUERTA DEL VIENTO

Hace muchos, muchísimos años, antes de que los pumas sean encerrados en las oscuras cavernas de la cordillera de Galeras, llegó el Huayrapungo un hermoso osezno de gran mansedumbre y cubierto de profundas heridas por todo su cuerpo. El animalito buscó refugio en los matorrales cercanos al río, donde queda actualmente la comunidad de Huayrayacu, esperando aparentemente que le llegara la muerte.

Un joven indígena que bajó al río en busca de agua, escuchó los gemidos lastimeros del desdichado oso y compadeciéndose del sufrimiento que tenía el animal, lo recogió y con un gran esfuerzo lo llevó a su chacra para curarlo.

Le prodigó toda clase de cuidados, limpió las heridas y las desinfectó con sangre de drago, que al mismo tiempo las hacía cicatrizar; lo alimentó con frutos de la selva como pazos, pilón y chonta y de esta manera logró salvar la vida del pequeño oso, que a los dos meses de estar a su lado, correteaba tras el indígena al que había identificado como su amo, sin denotar siquiera el haber estado al borde de la muerte, demostraba tan mansedumbre que la comunidad entera lo adoptó y lo convirtió en su mascota preferida.

Lentamente pasó el tiempo y el paso creció llegando a medir en su edad adulta un poco más de dos metros. El enorme oso tenía el cariño y el respeto de todos los habitantes de este sector.

Cierto día y de forma inusual desapareció en la mañana y cuando ya en la tarde la gente preocupada se estaba reuniendo para salir a buscarlo, regresó casi al caer la noche con una enorme guatusa en el hocico, la que depositó a los pies de los indígenas y con la que prepararon una suculenta mazamorra.

Esta extraña actividad del oso se volvió una rutina, justo en los momentos que la aldea necesitaba más alimentos, pues estaban atravesando por una fuerte sequía.

Es como si de repente, el enorme oso hubiera comprendido la gran necesidad por la que pasaba la aldea y de esta forma les devolvía todo el cariño y cuidado, que recibió cuando pequeño y mal herido el joven indígena se compadeció de su dolor. Increíblemente y por un misterioso milagro de la naturaleza, el gran oso se había convertido de protegido en protector.

Pero en una de esas salidas el oso ya no regresó más, la gente desconsolada y triste se preguntaba que podía haberle pasado, pues en esos tiempos se comentaba que por las laderas del cerro Huayrapungo rondaba un enorme y sanguinario puma, en acecho constante de sus infortunadas víctimas.

Esta noticia y la pérdida de su oso protector, había hecho cundir el miedo y el desaliento en los indígenas, que lo dejaban en las noches grandes fogatas prendidas en la aldea, con el fin de ahuyentar al peligroso felino.

Una mañana el joven indígena que salvó al oso, salió a visitar a una chica de una aldea cercana; fue tan amena y dulce la conversación, que el tiempo literalmente se fue junto con las aves, que en vuelo cansino regresaban a buscar el refugio de sus árboles y nidos.

La noche llegó oscura y llena de presagios; pese al miedo y los peligros, el indígena decidió regresar a su aldea y por los senderos de la selva avanzaba penosamente entre fangales y quebradas, de pronto… y cerrándole el paso apareció un inmenso puma. El joven indígena quedó paralizado de miedo y a merced de las filudas garras y temibles colmillos del felino asesino.

Fueron apenas unos pocos segundos, que le parecieron siglos, porque inmediatamente se proyectó una sombra gigantesca y una enorme mole negra y peluda se interpuso entre él y el puma asesino. Era el oso.

Las dos bestias tensaron tendones y músculos y se lanzaron una contra otra casi al unísono, enfrentándose en un mortal combate. Los gruñidos y zarpazos se confundían con el ruido de ramas quebradas y jadeos desesperados.

No pasó mucho tiempo y al final el enorme puma rodó con la garganta totalmente desgarrada. El oso se acerco y recostó su enorme y sangrante cabeza sobre el hombro aún tembloroso de su joven amo.

Regresaron juntos a la aldea hombre y bestia y el oso se convirtió desde aquel día, en un guardián protector de esa comunidad. Hasta que después de muchos años y sintiéndose ya el oso viejo y enfermo se encaminó hacia el cerro de la puerta del viento y nadie ha vuelto a saber nada de él.

LA GRAN PIEDRA DEL PUMA

En la comunidad de Pumayacu existe una piedra muy grande que tienen grabadas las pisadas de un puma.

Cuentan los rucu yayas que este es el sector que antiguamente colocaban los felinos, procedentes de la cordillera de Napo-Galeras cuando bajaban en sus recorridos a las comarcas en busca de sus víctimas.

Una vez durante el atardecer de un fuerte verano, vario pumas llegaron sorpresivamente a Pumayacu y empezaron a merodear por la rivera del río, una hermosa y joven que se encontraba en el último mes de su embarazo y que había acudido al rio en busca de agua para preparar la chicha, fue presa fácil para los felinos, que se la comieron.

En el vientre de la joven encontraron dos niños, más como los pumas se encontraban repletos, colocaron a los pequeños en una ashanga para comérselos al día siguiente.

Los niños tenían un origen divino, habían sido enviados por la diosa Quilla para salvar a los hombres del dolor y de la muerte, que los venían atormentando. Al llegar al nuevo día los gemelos habían crecido de forma tal, que ya era unos adolescentes y se llamaban entre sí Astro y Lucero.

Fácilmente escaparon de los pumas y juntos planificaron la manera de cumplir con su misión, acabando con tanta muerte y dolor, al mismo tiempo de vengar la muerte de su madre terrena.

Primero construyeron un puente colgante sobre el río, al que hicieron los tramos del medio, muy frágiles; cuando los pumas retornaban en la noche, al tratar de cruzar el puente, cedieron los tramos del medio y cayeron al agua, pero lograron salvarse nadando.

Dándose cuenta las fieras de la trampa que les habían puesto los dos jóvenes, persiguieron a Astro y Lucero, quienes se dirigieron hasta la cordillera de Napo-Galeras con los tigres pisándoles los talones.

Cuando estaban frente a la inmensa cueva que servía de madriguera a los pumas, para poder ingresar sin ser detectados los jóvenes se convirtieron en felinos. Astro entró corriendo primero y fue a taponar con una inmensa piedra la salida trasera de la cueva.

Lucero esperó a que ingresaran sus perseguidores y una vez que todos estuvieron adentro tapó con otra roca la entrada de la caverna. La oscuridad invadió el interior de la cueva; las bestias rugieron de terror, impotencia y desesperación, allí estaban encerradas todas, abandonadas a su suerte.

Al caer la noche un rayo concentrado de luz que venía desde la Diosa Luna, envolvió a los dos jóvenes, que ascendieron por él para ir a su encuentro.

Los indígenas tienen un especial respeto al territorio de Galeras, muy pocos se atreven a llegar a ese lugar: los más arriesgados que se acercan lograr escuchar feroces rugidos, que provienen de las entrañas de las cordilleras.

Dicen los ancianos que cuando llegue el gran terremoto, todos los pumas que están encerrados saldrán de la enorme cueva, para vengarse de los hombres por su interminable cautiverio.

LA HISTORIA DEL ÁRBOL DE SANGRE DE DRAGO (LA QUE NUNCA LLORA)

Retrocediendo en el tiempo llegamos hasta una hermosa y apartada región de la amazonía, donde vive asentada una tranquila y prospera comunidad indígena, regida por un anciano y sabio curaca, que tenía una bellísima hija llamada Sány.

Todo el mundo al verla le expresaba su admiración y cariño, pero a Sány no le importaba nada el sentimiento de las personas, y nunca se le veía feliz, porque Sány jamás se enternecía por nada, ni sentía amor por nadie, por eso la conocían en toda esa región, con el apelativo de “la que nunca llora”.

Cuándo llegó el invierno a la comarca, llovió de forma tan intensa, que todos los esteros y los ríos se desbordaron; las casa, los cultivos, los animales, todos fueron arrasados, la gente sufría y lloraba mirando el desastre; solo Sány se mantenía indiferente, sin derramar una sola lágrima.

Aquellos indígenas buenos, transidos por el dolor que les producía la destrucción, que el fuerte temporal iba dejando a su paso, criticaban con amargura la fría actitud de Sány:

--- Mírala, no le importa nada ---decían unos.

--- Ni siquiera le importa el llanto de los niños ---decían otros.

--- Ella tiene la culpa de los que nos está pasando, los dioses la están castigando por no tener sentimientos ---decía la mayoría.

En eso la rucu huarmy, la más sabia de las mujeres aseguró que solo el llanto de Sány podría acabar con el vendaval, la lluvia y la terrible situación por la que estaban pasando.

--- Pero, ¿cómo la haremos llorar? ---dijeron unos.

--- Yo creo que ni ante la muerte de su padre lloraría ---dijo otro.

Todos los ancianos estuvieron de acuerdo en que era necesario que Sány conociera el dolor, para que su alma al fin se conmoviera.

Un nublado día mientras la muchacha caminaba por el bosque en dirección a su tambo, se le apareció una anciana y suplicante le dijo:

--- Por favor, ayúdame a recoger ramas secar, pues tengo que calentar la choza donde está ni nieto enfermo y tiritando de frío.

Pero Sány apenas si la miró con indiferencia y siguió su camino como si nada. Casi al instante se le apareció una joven mujer con el niño enfermo en los brazos y le dijo:

--- Te lo suplico, ayúdame a encontrar las hiervas que necesito para curar a mi hijo.

Y aunque Sány sabía dónde encontrar esas hierbas, no quiso ayudar a la joven y angustiada madre, y siguió su camino imperturbable, sin siquiera volver la vista atrás.

Pero solo alcanzó a dar unos cuantos pasos, porque enseguida se oyó la voz de la anciana que imploraba, diciendo:

--- Señor, haz que esta mujer que no siente compasión por una abuela, ni por una madre sufriendo, jamás sea abuela ni madre; haz que esta mujer que tanto daño nos ha causado por no llorar, desde hoy viva haciendo el bien a los demás con su llanto.

Sány al escuchar las palabras de la anciana se quedó paralizada de terror y sintió como su cuerpo empezaba a sufrir extrañas transformaciones; vio como sus pies se hundían en la tierra y les empezaban a crecer raíces; su cuerpo se comenzó a endurecer y a cubrirse de corteza como un tronco; sus cabellos crecieron y engrosándose se expandieron como las ramas de un árbol. Al finalizar la extraña metamorfosis, Sány se había convertido en el árbol de sangre de drago.

Desde entonces la selva se pobló de esta nueva especie medicinal, el árbol de Sangre de Drago, al que hay que hacerle sentir dolor cortándole la corteza, para que llore por la herida y beneficie a las personas con sus lágrimas; lágrimas buenas para curar heridas, quemaduras, úlceras, etc.

De esta manera el alma de Sány atrapada en el árbol, ayuda a mitigar el dolor de los demás.

EL NIÑO DEL ILA

A orillas de Jatunyacu existía una comunidad cuyo nombre se llevaron los lluviosos inviernos. Sus moradores vivían de la caza y la pesca.

Lisa, como cuando florecen los chucos, se habrá convertido en una hermosa joven. Abel, su vecino y compañero de correrías infantiles, puso sus oscuros ojos en ella. Era el despertar del amor.

El tiempo pasó disparando sus virotes en los días soleados. Abel bajaba todas las tardes al río con el pretexto de pescar. Allí se hallaba Lisa con un puñado de ropa junto a una piedra de lavar. El amor fue tomando la dimensión de una correntada.

Toda la comunidad, a excepción de los padres, conocía del romance. Y sucedió lo que suele ocurrir cuando los amores son fuertes y verdaderos. Un atardecer, al pie del inmenso árbol de ila, unieron sus cuerpos con el pegamento de amelcochadas ilusiones.

Una mañana Abel, desafiando la creciente del río, trató de cruzarlo en una endeble quilla. Las aguas estaban turbias.

Bajaban árboles y ramas entrelazadas de espuma. Remero y embarcación desaparecieron en un remolino.

Lisa se desconsoló ante la magnitud de la desgracia. Lloró con desgarradores lamentos. El río fue su confidente y el árbol de ila su apoyo y su sombra, la soledad enflaqueció su cuerpo. La muchacha llevaba en su vientre una nueva vida.

Cuando ya no pudo ocultar su embarazo subió al árbol de hila y se lanzó al vació desde unos diez metros de altura.

Una vecina que madrugaba al río encontró el cuerpo flaco y frio de Lisa cubierto de hojas y arena.

En las noches, cuando los solitarios transeúntes cruzan el lugar, escuchan nítidamente la voz de Abel pidiendo ayuda mientras un niño, al pie del ila, llora desnudo.

EL PODEROSO RAYO

A unos cuantos kilómetros de Hilluyacu vivía la familia Siquihua; el jefe era un diestro cazador y un hábil pescador, esto hacía que la despensa de la casa estuviera siempre llena, pero como hasta la abundancia molesta a cierta gente, en una ocasión su mujer empezó a quejarse de un fuerte dolor en los brazos, por la dura labor de ahumar la carne de monte y los pescados.

Por esta razón Siquihua tuvo que dejar la cacería y la pesca, que no solo eran su mejor entretenimiento, sino también la forma de mantener a su familia. Pasado alg´n tiempo y cuando la comida empezó a escasear, salió a cazar al monte y no consiguió atrapar ningún animal, fue a pescar y el río le negó los peces. Era como si hubiera perdido el toque de gran cazador y hábil pescador y así pasaron los días y su mala suerte se acentuaba. Su familia dejó de hablarle y su esposa le dijo que era un inútil y que lo detestaba.

Siquihua como todo indígena cuando se encuentra en problemas, acudió en busca de ayuda donde el brujo de la comarca, quién le recomendó un estricto ayuno y le prohibió la sal, el ají y el vinillo.

Este así lo hizo, cumplió al pie de la letra las recomendaciones del sabio anciano y una noche de luna salió a pescar al río Hilluyacu, en donde estuvo por horas lanzando su atarraya, sin

lograr pescar nada, probó con el anzuelo y el resultado fue el mismo, trató con el huami y tampoco tuvo suerte.

En eso la lluvia, los truenos y los relámpagos pusieron dramatismo a su desesperado accionar y Siquihua tuvo que refugiarse tras una gran roca para esperar que pasara el fuerte temporal; estaba meditando en su mala suerte actual, cuando a lo lejos divisó la figura de un gigante que resplandecía al mismo ritmo que la tormenta eléctrica y lanzaba una gigantesca red primero hacia un lado y luego hacia el otro lado del río; en cada movimiento que hacía, los fenómenos atmosféricos tomaban mucho más fuerza y consistencia.

Cuando aquel impresionante gigante estuvo casi sobre la roco que le servía de refugio a Siquihua, lanzó la red en varios sitios del río, recogiendo una abundancia cantidad de hojas, las mismas que depositadas en la playa, se convertían en grandes y apetitosos peces: había de todo, jandias, bocachicos, bagres, etc.

Siquihua trató de apoderarse de uno de los peces, pero el gigante al darse cuenta de su presencia, con un vozarrón de trueno que lo llenó de miedo le dijo:

--- No te atrevas a coger lo que no te pertenece; pide y yo te daré lo que desees; pues soy el dueño, amo y señor de los ríos.

--- Por favor amigo ---le suplicó Siquihua---, mi mujer y mis hijos se mueren de hambre, solo te pido que me des mucha suerte para pescar como tú lo haces.

El gigante suavizando un poco su voz de trueno le contestó:

--- Mi nombre es Rayu Apaya y desde el día de hoy cada vez que vengas al río invócame y vendré en tu ayuda. Con mi protección cogerás muchos peces y tu familia no pasará hambre; ahora acompáñame río arriba.

Siquihua siguió al centellante gigante y llegaron a una cocha profunda, donde Rayu lanzó su red; una enorme y pesada boa fue atrapada y depositada en la playa. Rayu le aplastó la cabeza con sus dedos, tan fuertes como una enorme prensa y le pidió a Siquihua que recogiera piedras negras y las colocara alrededor de la boa.

Cuando el círculo de las piedras se hubo cerrado, el gigante las apuntó con su dedo y musitó unas extrañas palabras, de su dedo salió una fuerte descarga eléctrica y las piedras golpeando entre sí produjeron chispas que se convirtieron en llamas, prendiendo a los leños puestos alrededor, de esta manera pronto la boa estuvo asada.

La comida estuvo deliciosa, todo lo que sobró Siquihua lo envolvió en ñachi pangas y despidiéndose de su gigantesco amigo llevó todo ese alimento para su familia.

Más cuando cansado pero feliz, llegó a su casa, su mujer lo llenó de insultos y no quiso recibirlo; de nada sirvieron regalos ni explicaciones; lleno de ira Siquihua se acordó de su gigante amigo y lo invocó: “Rayu, Rayu, Rayu”. De pronto un gigantesco rayo cayó en su casa y acabó con la vida de la mala mujer.

Desde aquel acontecimiento, en las noches de truenos y rayos, Siquihua desaparecía misteriosamente y no regresaba sino hasta el amanecer, con un cargamento de grandes pescados, que siempre repartía entre los más necesitados. Siquihua es famoso por su generosidad y tanto en su comunidad como en los alrededores la gente lo llamaba Aycha Yaya.

EL MISTERIO DE LA BOCANA DEL RÍO MISAHUALLI

Cuando recién se iniciaba la colonización del oriente ecuatoriano, aguas arriba de la bocana del río Misahuallí y en un freco claro de la selva, asentó su campamente un hombre blanco, que se dedicaba a la explotación del árbol de caucho en la cuenca del río Aguarico.

Así pasaron los meses y un nuevo colono llegó al lugar acompañado de su hermosísima hija, la que inmediatamente causó estragos en el corazón del cauchero. La playa, las aves, y las flores, propiciaron el florecimiento del amor, y el romance sonreía en los recodos del río.

Como vivían en plena selva y ante la ausencia de una autoridad que legalizara la relación de la pareja, esta decidió unir sus cuerpos y sus destinos a la sombra de los frondosos y florecidos árboles de guaba.

Pero como el amor no produce para vivir, el cauchero tuvo que viajar una vez más al Aguarico para recoger la balata recolectada por sus trabajadores y llevarla a los marcados de Iquitos.

La bella chica con el recuerdo de su amado en la hermosa sonrisa de sus labios, recorría la extensa playa solitaria cuando la bañaba el suave sol de la mañana, era esta una costumbre

que le había impuesto el amor. Mas el tiempo pasaba inmisericorde y al final de su paso el cauchero jamás volvió.

La bellísima mujer presa de una indescriptible pena, desapareció un aciago día como si se la hubiera tragado la tierra. Sus familiares y amigos la buscaron afanosamente por doquier, pero todo fue en vano; las lágrimas y el tiempo, fueron borrando el dolor de su ausencia.

Los años pasaron dándole espacio a la historia y una mañana brumosa y fría, unos indígenas que pescaban por el sector, vieron a una hermosísima mujer parada en la piedra grande de la margen izquierda del río; se acercaron a ella y cuando le preguntaron donde vivía solo señaló el agua, y lanzándose al torrente sin salpicar una gota ni producir una onda en la superficie se sumergió.

Los ancianos al escuchar lo ocurrido, aseguraron que la dama era el espíritu de aquella mujer que desapareció sin dejar rastros.

En esa enorme piedra rojiza de estructura volcánica asentada en el recodo del río Misahuallí, se escucha con frecuencia en las mañanas, una dulce voz de mujer que canta a su amor perdido. Algunas veces ella se aparece a los que pescan en el río, pero quién acude al lugar con intención expresa de encontrarse con ella, nunca logran su objetivo.

EL ÁRBOL DE LA ABUNDANCIA

Hace muchos, pero muchísimos años, los gemelos indígenas Cuillor y Ducero fueron de visita al tambo de su amigo Mangla para solicitarle comida. La Amazonía estaba soportando una prolongada ausencia de lluvia y las chacras en su mayoría se habían arruinado.

Cuando llegaron donde Mangla, este les brindó chicha de yuca y también de chonta, durante el tiempo que duró la conversación entre ellos, los gemelos se dieron cuenta que en una esquina de la casa había unas escamas de pescado, que por su tamaño hacían presumir cuán grande había sido el pez al que se las habían quitado; indagaron a su amigo el lugar

donde él pescaba, y Mangla les indicó que en una cocha cercana y los invitó a que participen ishinca en mano, en esta actividad.

Cuando llegaron a la cocha, a pesar de que estuvieron varias horas tratando de capturar una pieza, no lograron nada; Cuillor y Ducero, agarraron a su amigo y bajo amenaza de propinarle una descomunal paliza por mentiroso, lograron que les declare la verdad.

Arrepentido de su embuste, Mangla les contó que por la cordillera de los Guacamayos, crecía un árbol tan grueso y gigantesco, que en su ropa albergaba una gran laguna poblada de una gran variedad de peces, aves y animales. Los hermanos siguieron presionando a su amigo, para que los lleve hasta el lugar exacto donde crecía el maravilloso árbol.

Una vez que se pusieron de acuerdo, Mangla y los gemelos iniciaron la larga marcha. Avanzaron por senderos de animales, sortearon pantanos y se toparon con una impresionante boa de 15 metros de longitud que se encontraba dormida, tratando de dirigir el venado adulto que le había servido de alimento.

Manchones de caña guadua, pintaban de amarillo y verde el paisaje ante sus ojos, el frío se fue haciendo gradualmente más intenso, de tal forma que les calaba los huesos y por fin en un extenso claro de la selva, llegaron al sitio donde se erguía el descomunal árbol.

Los gemelos y su amigo ayunaron durante tres días con sus respectivas noches, con el propósito de descubrir la forma de derribar el varias veces milenario árbol. Tomaron una poción de la alucinante ayahuasca y nada malo vieron en su viaje hacia las fronteras de lo misterioso y sobrenatural.

Cuando salieron del trance en que los sumió la ayahuasca, pidieron ayuda a los animales y los insectos para que los ayudaran a derribar el portentoso árbol: guatusas, ardillas, pájaros carpinteros, comejenes, abejorros, etc…, trabajaron hasta el agotamiento, en largas jornadas de sol a sol; los turnos eran seguidos y sin períodos de descanso y al final, el tronco fue limpiamente cortado pero el gigantesco árbol no caía.

Un hermoso halcón que por allí pasaba se acercó a uno de los gemelos y le dijo al ído que el misterio no estaba abajo en el tronco, sino arriba en la copa; luego de que pasó esta información el halcón se alejó raudamente lanzando al aire su grito de combate y dejando tras de sí una estela dorada.

El gemelo ante esta revelación tomó una pócima de hojas y raíces y acompañándola de unas cuantas palabras mágicas quedó convertido en ardilla. Ágilmente trepó hasta la copa del gigantesco árbol y quedó gratamente sorprendido, ante la vista de una enorme y hermosa laguna, de agua pura y cristalina con islotes llenos de animales y aves.

En el centro de la laguna y del islote más grande, un colosal bejuco subía verticalmente hacia el infinito; él era la razón por la que el árbol no caía. Inmediatamente la ardilla se lanzó al agua y nadando ágil y rápidamente llegó hasta el islote donde estaba el bejuco y con un gran esfuerzo lo cortó con sus afilados dientes.

El milenario árbol haciendo un ruido monstruoso cayó derribado al suelo, el agua de la gran laguna se esparció por doquier y los peces nadaron en los arroyos que se formaron buscando un cauce permanente. Todas las especies de animales y aves que poblaban la laguna se refugiaron en la selva y el torrente de agua llegó hasta los ríos, volviéndolos más anchos y navegables.

Los únicos que no pudieron disfrutar de esta nueva abundancia, fueron los gemelos Cuillor, Ducero y su amigo Mangla, pues murieron aplastados por unas enormes rocas negras que saltaron del fondo de la laguna, en el momento en que el gigantesco árbol al ser derribado impactó contra la tierra.

EL ESPÍRITU DE LA SELVA Y EL TIGRE ASESINO

Sucedió hace mucho tiempo, en las cercanías de los que ahora es comunidad de Santa Rita en la amazonía ecuatoriana; cierto día se celebraba una gran fiesta, se bebía chicha fermentada y vinillo, y se comía pescado y carne de monte, todo era alegría y camaradería, más al transcurrir las horas y cuando ya la mayoría de las personas estaban embriagadas.

De pronto un hombre salta a la pista de baile donde se encontraba su mujer bailando con otro, la toma del brazo y enardecido por los celos comienza a maltratarla; los invitados al darse cuenta de lo que sucedía sujetan al alevoso sujeto y lo amarran con bejucos de carahuasca.

El borracho lucha tenazmente con sus ataduras logrando zafarse, arrepentido de lo que hizo huye a la selva para dejarse morir en ella.

Cuando por fin se despierta se da cuenta de que se halla en medio de la selva, sintiendo un fuerte chuchaque, pero viendo que la vida es bonita y merece ser vivida; bajo un gran árbol de cedro construye una enramada y prende una fogata para ahuyentar a las fieras. La noche tendió su manto y el canto de los sapos, grillos y chicharras, lo mantuvieron despierto por un largo rato; y fue en esos momentos cuando vio acercarse una sombra que se detuvo a sus pies, parecía que deseaba decirle algo, pero nuestro hombre no lograba descifrar el mensaje.

A lo lejos se escuchó un fortísimo rugido, era el huagra tigre y la selva se estremeció desde sus raíces, luego vino un silencio espeluznante y nuevos rugidos cada vez más cercanos.

Cuando el tigre estuvo a pocos metros del indígena, la sombra que se había ubicado a los pies de este se lanzó sobre el felino y se entabló entre ambos una mortal lucha; caían las palmas de chonta; los monos chillaban; temblaba la tierra; los contrincantes jadeaban de cansancio.

La sombra durante la lucha logró tomar una filuda astilla de chonta y utilizándola a manera de puñal la enterró en el tigre varias veces. Por las heridas huía la vida del animal, la sangre manaba a borbotones.

El hombre aprovechando la confusión trata de escapar escondiéndose detrás de los árboles más gruesos; en cuestión de segundas la sombra tambaleante le da alcance y le dice:

--- Vete a tu casa y no faltes más el respeto a las mujeres; no regreses a ver si el huagra tigre te persigue.

El indígena retornó a su hogar lloroso y arrepentido, pidió perdón a su mujer por los maltratos anteriores y fundidos en un amoroso abrazo hicieron el amor, mientras el sol jugaba con el follaje de los árboles cercanos, refugio de pájaros y monos chichicos.

Ese mismo día nuestro indígena regresó a la selva donde tuvo lugar la pelea; allí yacía el cuerpo del enorme huagra tigre, cubierto de impresionantes heridas y lleno de hormigas gigantes que le devoraban los ojos.

Uno del grupo comentó que la sombra protectora debió serla madre selva, que protege a los hombres cuando estos se internan en el bosque.

LEYENDA Y ORIGEN DEL RÍO TENA

Muchísimos años antes de la sublevación del gran cacique Jumandý, más arriba de donde actualmente se asienta la parroquia del Pano, vivían unas doscientas familias quijos, procedentes de los que es actualmente Archidona.

Cuando se inicia esta narración el gran curaca, celebra el nacimiento de su hijo, a quién puso por nombre Pano; mientras que en la comunidad del Calvario, llenando de felicidad a la familia del gran cacique nacía una hermosísima niña, a la que le pusieron por nombre Tena.

El tiempo pasó veloz, como vuelo de azulejo y Pano y Tena crecieron, transformándose ella en una bellísima mujer y él en un robusto guerrero.

Pano hombre diestro en el manejo de las armas, con un grupo de jóvenes de su edad, participaba en una larga partida de caza.

Cruzaron buscando animales, lomas y planicies, llenas de guaduales, pasos y pitones; era la época que maduraba la guaba y la chonta, las guantas y las guatusas se escabullían gordas y satisfechas.

Los muchachos cansados por el esfuerzo realizando, acamparon a la orilla de un río repleto de carachamas. Cuando estaban tomándose el último mate de chicha, tintineó como campanilla de fiesta, un alegre coro de risas femeninas.

Era la hermosísima Tena que con un grupo de compañeras, tomaban desnudas un baño en un remanso del río.

De este inesperado encuentro nació un intenso amor entre Tena y Pano y comenzaron a verse diariamente en un hermoso lugar junto a un gran árbol de caoba, ubicado en un recodo del río, sitio discreto y alejado de la murmuración.

Pero como ningún secreto dura mucho tiempo, el padre de Tena se enteró del romance y prohibió terminantemente que continúen las citas clandestinas. Tena estaba prometida por su padre, al hijo de un gran curaca de las cabeceras del río Misahuallí.

A partir de ese día, cuando Pano emocionado y tembloroso llegaba al lugar de sus encuentros amorosos, este siempre estaba solitario, hasta las aves que anidaban el gran árbol de caoba, se habían alejado del sector.

El enamorado joven cayó en un estado de mutismo y depresión, el vigor de su juventud se extinguió rápidamente, sin que existiera enfermedad visible.

Los samanes se reunieron para tomar ayahuasca y estudiar el caso. Uno dijo que un poderoso banco de una comarca cercana le había enviado un mortal virote.

Otro aventuró la posibilidad, de que el cuerpo del joven estuviera poseído por un maligno supay. Un tercero sostuvo, que Pano simplemente estaba enamorado de una bella mujer y esquiva princesa. Pera a pesar de este último diagnóstico y a la terapia que le impusieron, el desconocido mal iba minando la salud del joven.

Pano ante la falta total de noticias de su amada, decidió inmolarse cometiendo suicidio para acabar con su vida, escogió lanzarse al río de aguas turbulentas y así desaparecer para siempre de la tierra.

Tal como lo planificó lo hizo; saltando de una saliente cayó en lo más profundo del río y mientras era arrastrado por la correntada y giraba con sus remolinos, iba llorando lastimeramente su desgracia. Las piedras y las garzas, las apangoras y carachamas, los yutzos y los pindos, las ranas y los grillos, todos se enteraron de su pena y dolor.

Una lloviosa tarde, cuando Tena triste y resignada a su suerte, tejía monótonamente sin ninguna prisa ni ilusión, una ashanga para transportar los productos de la chacra, un pingullo pishco que se posó en una rama cercana con su canto aflautado, le contó el triste final de Pano.

Tena Agobiada por un inmenso dolor decidió seguir la suerte de su amado; huyó de la casa de sus padres, corrió y corrió por senderos y barrancos, por playas y lodazales y cuando ya no pudo más, se lanzó finalmente al agua y bajó arrastrada por la fuerte correntada, golpeándose contra las piedras y tostándose con el sol en los remansos.

Un hermoso día lleno de sol y mariposas se encontró con su amado, que bajara llorando su desgracia, fundido con las aguas del río, que había tomado el nombre de Pano, y ella rendida de amor lo acogió en sus brazos, juntando los caudales de ambos ríos, que se hicieron uno para toda la eternidad.

Pano y Tena de esta forma engendraron un solo río: el caudaloso Tena, que desde entonces corre alegre y rumoroso lamiendo las blancas playas y las orillas llenas de guabas, guayabas y orquídeas fragantes.

EL CHIUTA Y EL SUMACO

Cuando el iñachic yaya, castigó el pecado de las personas con el gran diluvio universal, los cielos descargaron torrentes de agua que empezaron a inundar la selva.

La gente desesperada no sabía que hacer todas las que vivían en las zonas bajas empezaron a morir ahogadas, muchos subieron al volcán Sumaco por ser la elevación mas alta de la zona y unos pocos se fueron hacia el Chiuta, que es un cerrito pequeño que queda en la comunidad de el Calvario. Los que estaban en el Sumaco, se reían de aquellos que estaban en la cumbre del Chiuta. “Son unos tontos”, decían unos, “cuando toda seguridad los vamos a ver ahogarse”, decían otros.

Pero la risa les duró poco, pues el nivel de las aguas, a medida que llovía subía inexorablemente, y cosa rara; ¡oh milagro! El Chiuta también crecía. No pasaron muchos días y desapareció el Sumaco, con todos los indígenas que estaban subidos en un gesto desesperado en las copas de los árboles. El Chiuta en cambio, se había convertido en un monte muy alto, tan alto que su cumbre sobresalía de las aguas.

Cuando por fin cesó de llover y las aguas empezaron a bajar su nivel, el Chiuta a la par que ellas se iba haciendo cada vez más pequeño, hasta que al final llegó a su tamaño normal, que es como lo conocemos actualmente. Del castigo de yaya Dios, solo se salvaron los indígenas que estuvieron en la cumbre del Chiuta.

Se dice que en las noches cuando llueve torrencialmente, se escucha los lamentos de los indígenas que se ahogaron en el Sumaco y las voces de alegría de los que estuvieron en el Chiuta, un cerro donde habitan los espíritus y al que muy pocos se atreven a subir.

LA AYAHUASCA

La ayahuasca es una planta trepadora, un bejuco que trepa en los árboles de la selva para desarrollarse y que tiene propiedades alucinógenas. Los indígenas siempre han protegido y cuidado esta planta con mucho esmero, pues le atribuyen efectos mágicos.

Cuando la planta tiene alrededor de tres años, los bejucos se multiplican y forman una intrincada maraña, en torno al árbol elegido como apoyo y cuando estos bejucos tienen más menos un centímetro de diámetro, están aptos para ser cosechados.

Al cosechar se corta el bejuco en trozos de diez centímetros, se los agrupa en pequeños atados y se los pone a secar al sol; cuando están bien secos se los vuelve a cortar en cuatro partes cada trozo y otra vez se los amarra, formando nuevos atados muchos más pequeños.

Para preparar el brebaje, se pone a hervir un atado en una olla que contenga unos doce litros de agua; a medida que hierve se va secando el agua y cuando solo quedan unos dos litros, se obtiene un líquido de color café oscuro y sabor amargo picante.

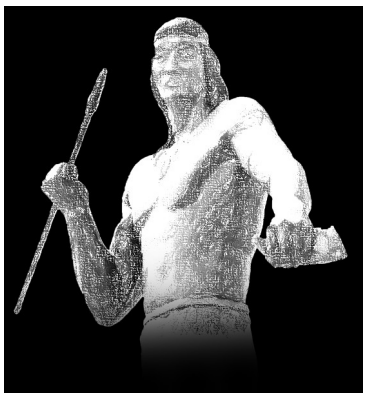
Este líquido es envasado en botellas y almacenado hasta su posterior uso. Los indígenas que saben utilizar esta droga proceden a calentarla en baño maría y sirven a cada persona solamente una pequeña copa, para enseguida hacerles tomas un tazón de guayusa bien caliente.

Generalmente toman ayahuasca quienes quieren ver a sus parientes fallecidos, o desean conocer la cara del ladrón que les ha robado, o simplemente ver visiones. El indígena que oficia el ritual es el responsable de la vida de todos los que han ingerido la droga y la misma deber ser tomada después de un ayuno de por lo menos un día.

Cuando alguna persona durante la ceremonia se siente morir, se le da como antídoto, limonada caliente bien dulce para que cedan los efectos indeseables. Estos generalmente se manifiestan con una sensación de abotigamiento y borrachera. Al preguntársele los indígenas aseguran haber visto a sus parientes ausentes y fallecidos, así como también boas, tigres, enormes cocodrilos, monos gigantescos, etc.

La acción de la droga dura aproximadamente unas tres horas, luego de lo cual va desapareciendo paulatinamente, pero la persona queda con el ánimo deprimido, es por eso que algunos tienen que provocarse el vómito para ir recobrando lentamente la normalidad. Esta costumbre de los indígenas de la amzonía fue adoptada también por algunos colonos.

EL GRAN CACIQUE DE LOS QUIJOS (JUMANDY)



Cuando en 1563, Bartolomé Marín y Andrés Contero recorrían la zona del Sumaco, escucharon por primera vez el nombre de Jumandy pronunciando con mucho respeto por los indígenas, se enteraron que se trataba del más importante y aguerrido cacique de los quijos.

Cuando por fin llegaron a la aldea donde se encontraba el gran cacique Jumandy, este agasajó a Bartolomé Marín, y le pidió que no causara problema en su territorio, porque el disponía de quince mil guerreros armados y listos para la guerra. Y tiempo después de este aviso, el 29 de noviembre de 1578, Jumandy al frente de sus hombres tuvo que rodear la ciudad de Ávila, para impedir que se escapen los españoles.

Después de la destrucción de Ávila y Archidona, cuando se reunieron los pendes y caciques, nombraron por unanimidad a Jumandy como “El Gran Cacique de la Guerra”, para que condujera a los ejércitos quijos que iban a marchar contra Baeza.

Jumandý inmediatamente se comunicó con los caciques de las otras confederaciones de la amazonía y comprometió ayuda de varios caciques de la serranía, pues pretendía expulsar a los españoles no solo de la amazonía, sino de toda la Real Audiencia de Quito. Este solo hecho lo convierte en uno de los héroes más importante del Ecuador y América.

Pero desgraciadamente no pudo realizar lo que había planificado, debido a que los habitantes de Baeza oportunamente alertados, habían traído de Quito tropas de refuerzo. A Jumandy le traicionaron los caciques de la Sierra, que avisaron a los españoles de las intenciones de los quijos.

Cuando Jumandy al frente de sus guerreros llegó a Baeza, fue recibido por el fuego nutrido de los arcabuces y aunque luchó con denuedo junto a sus hombres, tuvo que emprender la retirada hacia la selva, y es que solo el valor, las pucunas y las lanzas de chonta, no eran suficientes contra las armas de fuego del enemigo.

Los soldados españoles lo persiguieron día y noche, en su retirada Jumandy les preparaba emboscadas y atacaba de sorpresa a sus encarnizados perseguidores; pero al fin fue capturado y enviado a Quito, en donde fue juzgado por la Real Audiencia que lo condenó a muerte.

Murió ahorcado junto con Beto, Guami e Imbate, en el sitio donde actualmente se encuentra la plaza de San Blas. Jumandy es uno de los grandes héroes americanos, que con su sangre y sacrificio nos mostró el camino de la libertad.

EL DESEO DE LAS PIEDRAS

En uno de los recodos del río Jatunyacu en el inicio de los tiempos, existían dos grandes piedras, la una tenía el espíritu macho y la otra el espíritu hembra; eran enormes, de procedencia volcánica y de un color rojo tostado, en los días de sol y garzas, conversaban de sus sueños y deseos. El río les había hablado del mar y ellas desde ese día ansiaban conocerlo, el yacu mofón y juguetón las salpicaba de espuma.

Un día del mes de Julio, el cielo se cubrió de densos y negros nubarrones, todo se oscureció de pronto como si fuese de noche; la gente de la comunidad vecina tuvo miedo, gritaban con la voz llena de pánico; una fuerte tempestad eléctrica, acompañaba al torrencial aguacero, tal parecía que había llegado el fin del mundo.

Era como un gran diluvio que inundó los senderos e hizo creer al río y un ruido descomunal se podía oír en la cabecera del Jatunyacu. A media noche todos abandonaron sus casas, para refugiarse en los terrenos más altos, pues la creciente como un torrente, había desbordado las aguas de su cauce normal.

Ante el tremendo empuje del caudal y la corriente de las aguas, la piedra macho empezó a rodar lentamente por el lecho del río; en cada vuelta que daba podían escucharse las imprecaciones y la alegría del supay que en ella habitaba.

Era este un espíritu varón, desagradable y maligno, pero amado por el espíritu hembra que habitaba en la otra piedra.

Cuando por fin cesó de llover y empezó a bajar el nivel del río, la piedra macho, se encontraba en el Tereré, en Pañacocha, muchos kilómetros, abajo del río Napo y allí la piedra macho, espera el advenimiento de otro diluvio para llegar al mar.

Cada año cuando llega Julio, el Jatunyacu crece enfurecidamente, hinchando su caudal como vientre de mujer preñada y en la oscuridad de la noche se oye el llanto de la enorme piedra hembra, que maldice su soledad y le pide al río que la lleve junto a su amado; varado allá… en Pañacocha.

LAS BRUJAS DE ZAMORA-HUAYCO

Tristeza gris a orillas del Zamora. Pesadez de siesta flotando en el ambiente. Arrimadas unas a otras las viejas casa de un solo piso, con sus patios llenos de maleza y geranios, parecen estar deshabitadas. De rato en rato una mujer sale de una habitación para volver a desaparecer en otra, sin turbar más que como una aparición la monotonía del paisaje.

Las calles empedradas que por todos lados conducen a los ríos que circundan la ciudad, ahora están desiertas. Los perros durmieron sobre las aceras también participan de la languidez habitual de la tarde.

Enjaulada en la escuela de bullanguería de los niños y amarrados los hombres de trabajo, solo la esposa cose remienda o hila en la intimidad del hogar cuando no es ella la que regresa del río con la policromía de su batea de ropa va poniendo una nota de color en las solitarias callejas.

El centro de la urbe tiene casas mejor presentadas y generalmente de dos pisos, con la infaltable tienda de víveres o un desgarbado almacén frente a cuyo mostrador pasa un hombre o una mujer durmiendo la mayor parte del tiempo y atendiendo de repente entre bostezo y bostezo a la escala clientela que diariamente le visita.

Así, en una de esas casas situada en la calle principal, pero hacia el sur de la ciudad, vivía una dama solterona a que pasaba igual que los demás de su oficio dormitando las tardes tras el mostrador de su almacén. Las comodidades de que gozaba y la vida sedentaria que llevaba, no pudieron por menos que volverla sumamente voluminosa y la grasa terminó borrando sus facciones otrora regulares y bonitas.

Hasta que cumplió os cuarenta años había alentado la esperanza de encontrar un compañero para su solitaria vida e hizo lo posible por mantenerse esbelta y conservar algo de su hermosura, pero una vez cruzado ese dintel, la desesperanza invadió todo su ser y hasta los principios religiosos que aprendió en los lejanos años de su niñez murieron ahogados por esa ola de despecho que la inundaba.

No pensó más entonces que vivir para satisfacer todos sus caprichos gastando la fortuna que había heredado de sus padres.

No tengo para quien vivir ni para quien guardar mi dinero decía desdeñosamente cuando algún le comentaba algo acerca de la vida disipada que llevaba, y como las fortunas se hacen humo cuando de ellas no se cuida, llegó un día en que la riqueza de la señorita Filomena se redujo a unas cuatro antiguallas en muebles, aparte del almacén que cada vez se lo miraba más vació.

--- María Filuchita lo que es la vida: tus parientes ya no quieren prestarte un solo céntimo. Dicen que ya no tienes con qué responder y que estás arruinada.

Así llegó diciendo la vieja escuálida, misteriosa y parlanchina que la cuidó desde niña y que a raíz de la muerte de sus padres, se había convertido en la única persona que cuidaba de ella y le hacía compañía.

--- ¡Que me importa! ---contestó la dama en forma displicente y agregó---: Prepárate para ir vendiendo los muebles que me quedan hasta que se acabe todo... ¡absolutamente todo! ¿Me entiendes?

--- Pero... Filuchita... y después de eso... ¿qué vamos a hacer?

--- Tu verás lo que haces con tu persona. Lo que es yo me largaré de aquí y no me volverán a ver nunca, aunque allí me muera como un perro.

Y diciendo esto dio media vuelta y fue a refugiarse en su dormitorio sin alcanzar a ver la chispa de maligna alegría que brilló en los ojos de la vieja sirvienta.

--- ¡Doña Sabina...! ¡Doña Sabina...! ¡Soy yo Valeria...! Abra un ratito ---gritaba la vieja sirvienta de la señorita Filomena a la puerta de la tienducha negra y miserable, a cuyo dintel asomó su cara otra vieja de aspecto más sucio y renegrido que la vida tienda.

--- ¡Doña Valeria! ¿Qué vientos la traen por aquí? Cuando yo creía que ya se había olvidado el camino...

--- ¡Ay, doña Sabina! Cuando las penas llegan, no llegan solas y una tras otra nos van cerrando el cerco sin dejarnos ni una sola tranquita por donde salir.

--- Ya ve... doña Valeria... ¿Qué le dije la otra vez...? Déjese de regodeos y hagamos esa "visita" a Zamora Huayco... pero usted no quiso ni oír y ahora anda en apuros... Ya ve lo bien que está la Josefa, la Pancha y todas las que se han de remilgos y pucheros... Pero si ahora usted quiere... mañana mismo podemos ponernos en camino porque ¡justo cae el último viernes del mes!

--- ¡Ay doña Sabina! En eso mismito he andado pensando todo este tiempo y lo único que me atajaba era la niña Filuchita... Pero ahora que la veo tan desesperada, estoy segura que no se va a negar.

--- ¿La niña Filuchita ha dicho?...

--- ¡Claro! Mi niña Filuchita que ahora si está dispuesta a vender su alma al diablo... ¡y con ella si me voy con usted de mil amores!

--- No hay entonces de que más hablar... Tiene esta noche y todo el día de mañana para que la convenza a su niña Filuchita y a las siete de la noche iré a la casa de ustedes para emprender el "vuelo" a Zamora Huayco.

--- Hasta mañana... entonces... doña Sabina...

--- Hasta mañana, doña Valeria y... ¡cuidadito con volverme a fallar!

A las seis de la tarde con el tañido del Angelus, la gente acostumbraba tomar su merienda, luego se rezaba el Rosario y a las siete de la noche representaba el momento propicio para iniciar el reposo que no significaba precisamente ir a la cama sino recogerse dentro de las tertulias familiares, pues las calles alumbradas solo de trecho en trecho por la escasa luz de los faroles no ofrecían ninguna seguridad para el viandante.

A partir de aquella hora, en cambio la situación se presentaba propicia para las picardías, maldades y brujerías de quienes se escudaban a las sombras de la noche para practicar el mal.

Y era precisamente a esa hora siete de la noche cuando el grupo de viejas que practicaban maleficios empezaba a salir de sus casuchas para dirigirse a la cueva de Zamora Huayco en donde se aseguraba que las brujas adoraban al mismo demonio.

Muy puntual a la cita la vieja haraposa de doña Sabina, saboreando la dicha de su nueva conquista, a las siete estuvo en la casa de la señorita Filomena. Luego de exhortar a esta y a su vieja criada para que renegaran de las cosas santas, les hizo repetir la fórmula que las pondrían en condiciones de llegar a la cita de Zamora Huayco e inmediatamente se sintieron transformadas en algo liviano y pequeño, que cuando la vieja Sabina dijo: “¡Vamos!”, se elevaron fácilmente por el aire y partieron en silencio vuelo.

Cuando volvieron a recobrar el dominio de sus facultades humanas, la señorita Filomena y doña Sabina se encontraron sentadas sobre unas grandes piedras que a manera de asientos se hallaban distribuidas en semicírculo dentro de una enorme y oscura cueva la que llegaba un rumor de un cercano río.

Decenas de voces provenientes de otras tantas personas sentadas sobre las piedras, de rato en rato dejaban oír un ininteligible susurro y en medio de la cueva alumbraba por la luz de una hoguera estaba un enorme chivo con una cabeza exactamente igual a la del demonio.

Un terrible escalofrío sacudió el cuerpo de la señorita Filomena y sintió el impulso de huir despavorida, pero la vieja Sabina le apretó fuertemente el brazo y los ojos de Valeria la fulminaron como dardos de fuego, de modo que comprendió que no podía echarse atrás y resolvió afrontar la situación, cuanto más que había estado resuelta a todo cuando aceptó la propuesta de las dos brujas.

Después de aquellos roncos susurros que duraron momentos que le parecieron interminables, las brujas comenzaron a levantarse de sus asientos e iban a postrarse a los pies del chivo con cabeza de demonio y luego de que le besaran las patas, recogían del suelo una bolsa de cuero llena de monedas que tintineaban al chocar unas con otras denunciando su contenido.

Terminado este ritual las brujas volvían a pronunciar el estribillo que las transformaba en murciélagos, pavos u otras aves voladoras y retornaban a sus viviendas en donde luego adquirían otra vez su forma natural.

--- ¿Qué te pareció Filuchita, la reunión de anoche en Zamora Huayco…?

--- ¡Ay, Valeria…! ---dijo la señorita Filomena con un cansancio en la voz cual si hubiera regresado de un largo viaje.

--- ¿Qué te pasa, Filuchita, qué te pasa? ---inquirió curiosamente la vieja?

--- ¡Nada, nada…! Solamente siento un cansancio como si tuviera el cuerpo molido. Pero si debo decirte que no me gustó en absoluto esa porquería de anoche.

--- ¡Ay mi Filuchita! Ya vas a tener un mes entero para descansar y más que nada para disfrutar de esas preciosas monedas de oro que trajimos del “viajecito”.

--- A ver, trae acá para verla, pues yo creo que no son más que pura fantasía…

--- No hay tal. Aquí están para voz mismitico compruebes que son de oro purísimo.

Y diciendo esto, la vieja hizo restallar sobre la mesa aproximadamente una docena de brillantes monedas de oro.

--- ¡Ah! Si es así ---concluyó la señorita Filomena--- bien vale la pena seguir besando las patas del chivo.

Con el dinero que traía de aquellas reuniones de brujas en Zamora Huayco, volvieron los parientes, los amigos y hasta los admiradores de la señorita Filomena y entre estos últimos se contaban los vecinos del cuartel de infantería que quedaba a pocos metros de su casa.

Una noche cuando dos de ellos hacían guardia y se paseaban por el patio del cuartel, aproximadamente a las siete de la noche vieron salir de la casa de la señorita Filomena a dos animales que parecían pavos y en callado vuelo pasaron sobre sus cabezas en dirección a Zamora Huayco.

Fue tan inesperado lo que vieron que no se atrevieron ni siquiera a levantar el rifle, pero tuvieron cuidado de seguir escrutando en firmamento y no se sorprendieron demasiado cuando vieron retornar silenciosamente a los animales voladores que antes habían pasado por allí.

Momentos antes habían sonado doce campanadas de la medianoche en el campanario de la Iglesia de San Sebastián y los dos guardias en parte con miedo y en parte con curiosidad apuntaron su rifle en dirección de los dos animales que se acercaban volando bajo y cuidadosamente.

Su error fue apuntar los dos al más grande, de modo que una sola de las pavas cayó pesadamente sobre el patio del cuartel, mientras que la otra siguió su camino hasta descender en dirección de la casa de la señorita Filomena.

Cuando los guardias vieron caer al animal, corrieron a mirar. Pero su sorpresa no tuvo límites, cuando en vez del animal, se encontraron con el cuerpo ensangrentado de la señorita Filomena.

Uno de los tiros le había perforado la cabeza y otro el corazón. Entre los estertores de la muerte la agonizante pidió a los guardias que por favor la llevaran y la dejaran morir en su casa sin decir de ello una palabra a nadie.

Los guardias accedieron a su petición y luego de dejar a la moribunda en manos de la vieja sirvienta que los había esperado en la puerta, regresaron a su cuartel y sacrificaron a un perro para justificar el ruido de los tiros y la presencia de la sangre que había quedado regada sobre el patio. Y nunca más se supo nada de las mujeres voladoras que se conocieron años después como las brujas de Zamora Huayco.